

CAPITULO XVIII.

- » Cual suele el grifo con su raudo vuelo
- » Perseguir á su pérfido contrario,
- » Que con astucia arrebatarle supo
- » El oro que tenia á su cuidado,
- » Asi el rey del Averno....

(MILTON, *Paraiso perdido.*)

AL terminarse la merienda, sir Arthur hizo caer otra vez la conversacion sobre los misterios de la varilla adivinatoria, punto de que ya habia hablado muchas veces con Dousterswivel. — Seguramente que mi amigo Oldbuck escucharia ahora con mayor respeto la historia de los descubrimientos que vm. y sus colegas, señor Dousterswivel, han hecho en Alemania.

— ¡Ah! sir Arthur, no ser esto de referir delante de estos señores. La incredolidad, la falta de fé, desparatar las grandes empresas.

— A lo menos mi hija puede leer la relacion que ha compuesto de la historia de Martin Waldeck.

— ¡Ah! ser una historia ferdadera; ma miss Wardour está tan llena de talento é de malicia, que hafer hecho de ella una nofela,

tan pien como Goethe é Wieland; poder creerme sopra la mia honoraple palapra.

— Para hablar con franqueza, señor Dousterswivel, dijo miss Wardour, lo novelero aventajaba tanto á lo probable en esta leyenda, que era imposible que una mano amiga de lo maravilloso llegase á ella sin dejarla perfecta en su clase. Finalmente aquí está; y si ustedes no llevasen idea de abandonar esta apacible sombra ántes de haber pasado el calor mas rigoroso del dia, y se dignasen ustedes dispensar alguna indulgencia á mi obra, sir Arthur ó el señor Oldbuck acaso tendrian la bondad de leerla.

— Yo no seré, porque estoy muy ronco, dijo sir Arthur.

— Ni yo, añadió Oldbuck, porque he olvidado mis antiparras; pero aquí está el señor Lovel, que tiene buenos ojos y buena voz. En cuanto al señor Blattergowl, sé que no lee nunca, para que no se crea que aprende de memoria los sermones de otros.

Dióse pues esta comision á Lovel, que recibió con algun temblor, cuando Isabel se lo entregó con cierta confusion, el manuscrito trazado por aquella hermosa mano cuya posesion le parecia la mayor dicha á que pudiese aspirar en la tierra; pero conoció que debia ocultar su agitacion, por lo que hojeando un

poco el cuaderno, como para acostumbrarse á la letra, cobró bastante serenidad para leer lo siguiente.

LAS AVENTURAS

DE MARTIN WALDECK.

Los puntos solitarios de la selva de Hartz en Alemania, y especialmente las montañas llamadas Blockberg, ó mejor Brockenberg, son la escena privilegiada de los cuentos donde figuran brujas, demonio sy apariciones. Como la mayor parte de los habitantes de aquel canton son leñadores ó minadores, su género de vida los hace mas accesibles á las supersticiones vulgares, y atribuyen muchas veces al poder de la magia, ó á la intervencion de los espíritus, los fenómenos naturales que se ofrecen á su vista en la soledad de sus bosques ó en la profundidad de las minas. Entre las diferentes fábulas que corren en aquel pais inculto, la mas admitida es la que supone que la selva de Hartz está habitada por un demonio que se representa en figura de un hombre de estatura agigantada, llevando una corona y una faja de hojas de roble, y por palo un pino arrancado de la

tierra con raices y todo. Lo cierto es que un gran número de personas pretende haberle visto desde el fondo de un valle pasearse de este modo por la cuesta de una montaña; y el hecho de esta aparicion está tan generalmente admitido, que la incredulidad moderna, para negar su asenso, no halla mas medio que atribuirlo á una ilusion de óptica.

Antiguamente aquel demonio tenia trato mas frecuente con los habitantes del pais; y segun sus tradiciones, solia intervenir en los negocios de los mortales con el capricho bastante comun en aquella clase de seres, es decir tan pronto para perjudicarlos como para serles útil. Pero notabase que con el tiempo sus mismos dones pasaban á ser funestos á sus favorecidos. Los curas, en sus sermones para la instruccion de sus ovejas, tomaban varias veces por testo la importancia de no tener relacion alguna directa ni indirecta con el demonio de Hartz; y cuando los viejos veian que sus hijos se burlaban de algun peligro que les parecia imaginario, les contaban las aventuras de Martin Waldeck.

Un misionero capuchino se habia apoderado del púlpito de la iglesia, cubierta de rastrojo, de una aldehuela llamada Morgenbrodt, situada en la selva de Hartz. Desde allá declamaba terriblemente contra la depravacion de

los habitantes y las comunicaciones que tenían con las brujas, los espíritus, las encantadoras, y especialmente con el detestable demonio de Hartz. La doctrina de Lutero habia ya empezado á estenderse por los pueblos, pues colocan esta aventura bajo el reinado de Carlos V; de suerte que los aldeanos no hicieron mas que burlarse del celo que desplegaba el reverendo padre. Pero su vehemencia aumentaba á proporcion del desprecio de sus oyentes, y el desprecio á proporcion de la vehemencia. A los habitantes no les gustaba que se confundiese un demonio pacífico á que estaban habituados, y que de muchos siglos residia en el Brockenberg, con Belfegor, Asstaroth ni aun con Belzébuth, ni que se le condenase sin misericordia á ser precipitado en el abismo de los abismos. El temor de que el demonio no se vengase con ellos del anatema fulminado por el capuchino en su presencia de un modo tan poco liberal, se agregó al interes que tomaban por él desde tiempos muy remotos. — Un misionero, decian, que hoy se halla aquí, y que mañana estará en otra parte, puede decir lo que le dé la gana; pero nosotros los antiguos habitantes del pais que permanecemos fijos aquí, la pagaremos por él. — Estas reflexiones exaltaron sus ánimos; ya no se limitaron á espresiones injuriosas,

sino que cogiendo piedras las tiraron á la cabeza del capuchino, echandole del pais, y diciendole que se fuese á predicar en otra parte contra los demonios.

Tres jóvenes que habian sido espectadores y actores en aquella escena, volvianse á su choza, donde se ocupaban en hacer carbon. Por el camino no hablaron mas, como se deja suponer, que del demonio de Hartz y del sermón del capuchino. Max y Jorge Waldeck, los dos hermanos mayores, al paso que convenian en que el misionero habia sido indiscreto y reprehensible pronunciandose contra la naturaleza y el carácter del demonio de Hartz, sostuviéron sin embargo que era peligroso en sumo grado aceptar sus dones y tener comunicacion con él, de cualquier género que fuese. Confesaban que era poderoso, pero al mismo tiempo caprichoso y antojadizo, añadiendo que casi todos los que habian tenido trato con él morian desgraciadamente. ¿No fué el demonio de Hartz quien dió al buen caballero Ecberto de Rabenwad aquel soberbio corcel negro, por cuyo medio venció á todos sus rivales en el gran torneo de Brema? Pues bien, aquel mismo corcel se precipitó con su amo en un abismo tan profundo, que nunca mas se tuvieron noticias del caballo ni del caballero. ¿No habia dado tam-

bien una receta para cuajar la manteca á la señora Gertrudis Trodden? Pues fué quemada como bruja por órden del gran juez criminal del electorado, sin mas delito que haber hecho uso de aquel secreto. Pero estos ejemplos, ni muchos otros que citáron de los funestos beneficios del demonio de Hartz, no hicieron impresion alguna en el ánimo de Martin Waldeck, el mas jóven de los tres hermanos.

Martin era un mozo temerario, impetuoso, sobresaliente en todos los ejercicios propios de los montañeses, y de un valor á toda prueba, porque se habia familiarizado con los peligros que corren continuamente trepando por las rocas. Burlóse por consiguiente de la timidez y cobardía de sus hermanos.—No me conteis semejantes absurdos, les dijo; este demonio es un demonio de bien, vive en medio de nosotros como cualquier simple aldeano; anda por las rocas, corre por las montañas como si cazase ó guardase cabras; y puesto que tanto le place la selva y sus puntos solitarios, no puede mostrarse indiferente á la suerte de los que habitan en ella. Pero, aun cuando fuese tan malvado como le pintais, ¿que daño puede causar á los que no hacen mas que servirse de sus dones sin contraer ningun empeño con él? Cuando llevais

el carbon á la fundicion, ¿el dinero que recibis del superintendente, ese viejo Blas que no hace mas que blasfemar, no es tan bueno como el que os entrega el mismo cura? No son, pues, los dones del demonio los que pueden perjudicaros, pero sí el mal uso que tal vez hagais de ellos. En cuanto á mí, si se me apareciese ahora mismo, y me indicase una mina de oro ó de plata, me pondria á cavar ántes de que volviese las espaldas; y mientras hiciese buen uso de las riquezas que me habria procurado, me creeria bajo la proteccion de un ser mucho mas poderoso que él.

El hermano mayor le respondió que rara vez se hacia buen uso de un bien mal adquirido, y Martin replicó presuntuosamente que la posesion de todos los tesoros de la selva de Hartz no ocasionaria la menor mudanza en sus habitudes, ni en sus costumbres, ni en su carácter.

Max le aconsejó que hablase con mayor reserva de semejante asunto; y para desviar la conversacion, lo que no dejó de costarle bastante trabajo, le recordó una cacería de osos que tenian proyectada. Este nuevo objeto les entretuvo hasta que llegaron á su morada, miserable cabaña situada en la cuesta de una colina, al entrar en un valle angosto, y en el corazon de las montañas de Brockenberg. Al

llegar, releváron á su hermana que se había encargado, durante su ausencia, de la fabricacion del carbon, operacion que exige una vigilancia continua, y se dividieron el trabajo durante la noche segun acostumbraban, durmiendo dos de ellos miéntras el otro velaba.

Max Waldeck, el mayor, encargado de velar las dos horas primeras, se asustó terriblemente viendo, en una colina de enfrente de su cabaña, una gran hoguera en torno de la cual danzaban al parecer varias personas haciendo gestos estravagantes. Estuvo al principio por llamar á sus hermanos; pero considerando el genio emprendedor del mas jóven, temiendo no poder despertar á Jorge sin perturbar el sueño á Martin, y creyendo, por otra parte, que todo aquello podia ser una ilusion del demonio, producida acaso por las bravatas inconsideradas que había echado su hermano menor el dia antecedente, pensó que lo mejor que podia hacer era ponerse á rezar, y aguardar con inquietud y terror el fin de aquella espantosa y extraordinaria vision. La hoguera, despues de haber brillado por algun tiempo, fué apagandose poco á poco, y al vivo resplandor sucedió la mas completa oscuridad. En todo el resto de tiempo de vela no fué interrumpido mas que por el recuerdo de lo que acababa de ver.

Jorge reemplazó entónces á Max que se fué á acostar. Ofrecióse tambien á su vista como á la de su hermano el fenómeno de una grande hoguera encendida en la colina de enfrente. En torno de la llama notó tambien figuras que colocadas alternativamente entre la cabaña y el fuego podian fácilmente distinguirse, gesticulando como si celebrasen alguna ceremonia mística. Aunque tan prudente como su hermano mayor, Jorge era algo mas atrevido. Resolvió, pues, examinar mas de cerca aquella maravilla; y habiendo atravesado un arroyuelo que corria por el valle, acercóse al fuego á la distancia de un tiro de flecha, y le vió aun brillar con el mismo vigor.

Los seres que le rodeaban se parecian á aquellas fantasmas que á veces nos presentan los sueños, y su vista le confirmó en la primera idea que tuvo de que pertenecian á otro mundo. Entre aquellas estrañas figuras distinguió á un gigante peludo que llevaba en la mano un pino arrancado con sus raices, de que se servia al parecer de cuando en cuando para atizar el fuego, y sin mas vestido que una corona y una faja de hojas de roble. A Jorge le dió un vuelco el corazon, reconociendo en aquel gigante al demonio de la selva de Hartz, tal como le pintaban los pastores y cazadores que le habían visto antiguamente atravesar

las montañas. Volvió atrás inmediatamente para emprender la fuga; pero reflexionandolo mejor, se acusó de cobarde, y recitando con voz baja el salmo: « Que todos los pueblos bendigan al Señor, » volvió á tomar el camino de la colina donde habia visto la hoguera; pero con suma sorpresa suya, ya no existia de ella el menor vestigio.

Los pálidos rayos de la luna iluminaban el valle; y cuando Jorge, cubierta la frente de un sudor frio, y erizados los cabellos, hubo llegado al punto donde brillaba el fuego, notable por un alto roble que parecia estar en medio de las llamas, no encontró el mas ligero rastro de todo lo que habia creído ver. El musgo, el césped, las flores silvestres, todo estaba intacto, y las hojas del alto roble humedecidas por el rocío.

Volvió á la choza temblando, y racionando como su hermano mayor, resolvió no hablar una palabra de cuanto habia visto, temiendo despertar en su hermano Martin una curiosidad emprendedora, que casi miraba como una impiedad.

Tocaba entónces la vela á Martin. El gallo de su corralillo habia ya anunciado que no tardaria en rayar el alba. Examinó la fragua donde estaba preparada la leña para ser convertida en carbon, y se sorprendió al ver que

no se habia conservado bien el fuego. La excursion y el espectáculo maravilloso de que fué testigo, hicieron olvidar á su hermano Jorge lo que debia ser su primera atencion. Estuvo tentado pues de llamar á sus hermanos; pero viendo que dormian profundamente, respetó su descanso, y sin auxilio de nadie echó nuevo pábulo al fuego y procuró dejarle corriente. Pero la leña que tomó era probablemente verde ó húmeda, pues, lejos de avivarse el fuego, dió muestras de amortiguarse mas. Corrió inmediatamente á buscar leña seca que guardaban para estos casos; pero cuando volvió, ya estaba el fuego enteramente apagado: este era un caso muy serio, cuyas consecuencias podian ser la pérdida de un día de trabajo. Muy incomodado de esto, sacó el pedernal y puso á encender lumbre; pero la yesca era tambien húmeda, y todos sus esfuerzos fuéron inútiles. En este apuro iba á llamar á sus hermanos, cuando un súbito resplandor se introdujo en la cabaña por la ventana y las rendijas de las paredes; abrió entónces la puerta, y vió el mismo fenómeno que habia asustado á Max y á Jorge.

La primera idea que se le ofreció fué que los Muhlerhaussers con quienes habian tenido frecuentes disputas, hijas de la rivalidad del oficio, habian traspasado sus límites para robar